

Pg. ¿Eres hombre de partido?

Pg. Cuando llamamos a una persona para que se ponga al teléfono suele decir quien lo ha descolgado. “¿De parte de quién?”. Pues bien, yo estoy de mi parte.

Pg. Recordarás aquella escena en la que Charlot lleva una bandera roja caída de un camión y detrás, sin saberlo, marcha una manifestación comunista. Sin duda llevas tu propia bandera, pero muchos otros te acompañan, caminan contigo, no estás sólo aunque lo pretendas.

Pg. Cierto que al hombre independiente se le puede preguntar de quién “independe”. En ocasiones hay que mojarse, tomar partido. Quien pretende estar con todos está contra todos. El verdadero historiador, escribe Bayle, es aquel que deja descontento a todas las banderías. Yo no soy agua destilada, químicamente pura. Tampoco pretendo ser un equilibrista. El exceso de moderación no deja de ser también un exceso. Me sitúo en la izquierda “entre las varias izquierdas”. Sin embargo, procuro ser güelfo entre gibelinos y gibelino entre güelfos. O sea, ser cojo sin que se me note demasiado, y digo demasiado, no que no se me note.

Pg. Aunque me gustaría que este diálogo se ciñese a cuestiones intemporales tal vez podríamos descender a la actualidad. ¿Qué piensas de la ley de memoria histórica?

Creo que, pasados ya tantos años y dentro de un espíritu de consenso, se pudo hacer una buena ley de concordia definitiva de aquellos flecos pendientes que en su día no pudieron abordarse en la transición por razones evidentes. Y, sin embargo, se hizo una mala ley, sectaria y que abrió la puerta al guerracivilismo, a resucitar las dos Españas.

Pg. Pero ¿no debemos dejar las cosas como están? ¿A qué remover un pasado doloroso?

Pg. Existen tres puntos de vista, tres posiciones al respecto. La primera es: hemos pasado página, no volvamos atrás; es una postura bastante razonable, sensata y era la única válida en la transición; luego está la postura pésima: el guerracivilismo. O sea, debemos volver al pasado, no para curar las heridas aún no cerradas sino para reabrir las. Como he dicho, ésta es la postura pésima, indeseable.

Pg. ¿Y cuál sería la tercera?

Ésta nace de la crítica, o autocrítica, de ambas posiciones. Aquí tenemos dos problemas que en el fondo vienen a ser uno. Buena parte de la izquierda, particularmente la actual, no se resigna a la aceptación de que perdieron la guerra. Quieren ganar en el presente lo que se perdió en el pasado. Se sienten “continuadores” de un pasado que no ha muerto. Por otro lado, en la derecha actual subsiste en el inconsciente, al que se quiere hacer aflorar, un rescaldo de mala conciencia. En la transición se llamaba “centro” para evitar el estigma de “derecha”.

**Pg. ¿No es aquí más culpable la izquierda actual que la derecha?
Debemos olvidar ya esa guerra fratricida, no recordarla.**

Pg. Esta ley de memoria histórica, sectaria como he dicho, comete varios errores. En primer lugar, un relato oficial demasiado simplista de aquel periodo histórico. A la república la hundieron entre todos, y no menos la izquierda con la revolución de Asturias. Ciertamente hubo un alzamiento militar, una ruptura de la legalidad, pero éste fue algo más que un mero golpe de Estado, estuvo apoyado por la mitad de los españoles. No fue el 23 F. Y en la guerra cada cual mató lo que pudo en su zona (los soldaditos, no los generales, luchaban donde les había caído en suerte). Ya en la dictadura, en el contubernio de Munich, actuó como presidente el liberal Madariaga. Acudieron los socialistas y los democristianos que no aceptaban, como la Iglesia católica de entonces, las prebendas del Régimen. Curiosamente quienes estuvieron ausentes fueron los comunistas.

Pg. ¿Qué más errores tiene la ley de memoria histórica?

Pg. Es un error conceder la nacionalidad “honorífica” a los miembros de las Brigadas internacionales. Éstos no eran tanto demócratas como antifascistas a fuer de ser comunistas. Ni siquiera Franco nacionalizó a los aviadores de la legión Cóndor. Además, la ley no nace con un espíritu de conciliación sino de rendir cuentas con el pasado. Yerra desde el principio aunque en una línea, casi por obligación, se refiera a todos aquellos que murieron por sus creencias.

Pg. ¿Y cuáles son los temas en los que la derecha se equivoca?

Pg. Aquellos que no se pudieron tratar en su momento, flecos pendientes que algunos consideran que ya no vale la pena abordar y que, sin embargo, debe hacerse dentro del mismo consenso y concordia de la transición.

Pg. ¿Y cuáles son éstos?

Pg. El Valle de los Caídos, las fosas y la nomenclatura de las calles o nombres en placas. La derecha actual es absolutamente democrática y sin ninguna clase de vinculación con el franquismo. Esto es incuestionable. Sería absurdo e injusto negarlo. Sin embargo, conserva sin razón una mala memoria de culpas ajenas. Ciertamente porque la hace brotar el radicalismo de la izquierda. A la derecha le importa un bledo que Franco esté en el Valle de los Caídos, en la tumba privada junto a su esposa o bien subido encima de un pino. No lo devolverán a un sitio en el que él mismo dictador no quiso enterrarse. Una derecha inteligente hubiese dicho: ¿quéreis exhumar a Franco? Pues dónde hay que firmar que nosotros somos los primeros. Y la izquierda hubiese quedado con la cara boba, el paso cambiado y sin poder hacer ampulosos gestos y ridículas soflamas democráticas.

Pg. Pero ¿por que no lo hizo la izquierda cuando pudo hacerlo?

Pg. Hoy, pasadas ya cuatro décadas, a tanta distancia, todavía existen resistencias. ¡Revanchismo! ¿Qué hubiese pasado si es la misma derecha la que coge la batuta, la que impulsa la exhumación a la cual se hubiera sumado con gusto toda la izquierda? ¿Qué heridas se reabren al exhumar entre todos los restos del dictador igual que se hizo quitando las estatuas ecuestres de las

plazas? ¿Quién se hubiera mostrado contrario? Solamente los pocos nostálgicos. ¿Cómo puede hablarse de dos Españas más bien que de una sola que pretende poner definitivamente el punto final de esa época?

Pg. Para algunos ese punto final ya está puesto. ¿No debe ser el Valle de los Caídos un monumento de reconciliación?

Pg. Por supuesto, y debe hacerse un Museo histórico que trate objetivamente, sin sectarismos, dicho periodo negro, esa página trágica que escribieron nuestros antepasados. Ahora bien, hablar de reconciliación mientras se mantiene un mausoleo público pagado con fondos del Estado “por todos”, me parece, si puedo decirlo así, un cinismo mantenido bastante tiempo. Yo no quiero en absoluto decir que la inmensa mayoría de quienes afirman esto sean cínicos. Lo hacen de buena fe, convencidos. Sencillamente demuestran una ceguera mental y una falta de empatía. Todavía viven hijos – doy fe personal de ello – cuyo padre quedó lisiado de por vida trabajando como prisionero de guerra para construir la gruta de ese llamado “monumento de reconciliación”. Claro está que retirar la Cruz es una más de las tonterías a las cuales la izquierda actual nos tiene acostumbrados.

Pg. Y la cuestión de las fosas ¿no se presta a instrumentalizar políticamente los cadáveres y a ser parciales ignorando a los fusilados “por el otro bando”?

Pg. Claro que sí. Algunos peronistas desentierran peronés con la idea de golpear a la derecha actual y a los fantasmas de un “fascismo” ya inexistente. Pero es el mismo arzobispo Blázquez quien afirma que las familias tienen derecho a buscar

a sus seres queridos para enterrarlos como Dios manda. En cualquier caso, es lamentable escuchar al portavoz de cierto partido decir que existe gente que solamente se acuerda de sus padres y hermanos cuando tiene dinero público para buscarlos. O ver un chiste gráfico en un periódico donde buscando en una fosa se encuentra un guerrero de las Navas de Tolosa.

Pg. ¿Y cómo se evita esa instrumentalización partidista de los cadáveres en las fosas?

Una vez localizadas las fosas, asociaciones “mixtas” pueden excavar para encontrar los huesos de ambos bandos. Por supuesto, solamente buscarán los muertos aquellos que, de una manera u otra, conservan alguna salpicadura de la guerra. Y todavía viven. Otros, ya generaciones nuevas, los dejarán probablemente allí donde estuvieren. Que cada cual entierre a sus muertos y aquí paz y allá gloria.

Pg. ¿Y la nomenclatura de calles o los nombres en placas?

Pg. En la guerra hubo “víctimas” y “verdugos” en ambos bandos. Los verdugos no merecen que se les recuerde en los nombres de las calles. Evidentemente casi todos pertenecen al bando vencedor, pero si ya en la democracia un gobierno municipal de izquierdas “honra” a los otros verdugos, igualmente deben retirarse sus nombres. Otra cosa es la de personas de la cultura que, en aquella ocasión trágica, tuvieron que saltar a un lado o bien a otro defendiendo unos ideales. En cuanto a las “víctimas” todas merecen que se las recuerde. En cierto pueblo aragonés de la ribera se fusiló a doscientas personas, la décima parte de la

población. Hoy tienen una placa conmemorativa en el cementerio. En tal o cual iglesia se asesinó a una docena de sacerdotes y a varias monjas. ¿No merecen ser recordados en placas? A fin de cuentas las víctimas no murieron por “Dios y por España” o “contra el fascismo” sino llevando un nombre y unos apellidos que deben figurar en placas como recuerdo de aquellos años de locura colectiva y los cuales nunca deben volver a repetirse. Aprendamos de la historia.

Pablo Galindo Arlés

12 de agosto de 2021